

Confidencias de propietario rural



BUMERANG

DE J. VERRIÉ

Ha comparecido ante mí, revestido de la máxima seriedad de que puedo echar mano, el peor aparcerero de los que llevan nuestras tierras. Ha venido humilde y risueño.

Como tengo toda la razón y la ley me ampara me he despachado a gusto, soltando todo el parrfazo que tenía preparado sin descuidarme ni una coma.

Ha acogido la filípica con expresión de temor y ha prometido arar los olivos y hacer lo que conviene.

Luego he tenido un trabajo enorme para que se marchara. El hombre no quería que entre los dos quedara esta mala impresión. Y ha empezado a hablar y a hablar explicando cosas, trayendo cuentos y subrayando anécdotas.

Aunque, en vistas a su buena intención, al cuarto de hora tenía yo desarrugado el ceño, él no se ha considerado satisfecho hasta que han dado las once — las veintitrés — en el reloj del campanario.

He tenido que cenar con dos horas de retraso.

No sé lo que a él le habrá dicho su mujer. Lo que es mi estómago ha protestado tanto durante la espera que me ha obligado a pensar:

¿Es que de veras es tan necesario arar los olivos?

* * *

Una multiplicidad de saludos y de risas me han indicado que las que legaban eran las hijas del percerero de la Masía. Traían en un gran cesto, patatas, berenjenas, calabacines y una col. Total dos horas de camino con una temperatura no muy agradable

El valor total de la mercancía contenida en el cesto es, aproximadamente, de once pesetas y media; el almuerzo con el que se las obsequia vale más o menos lo mismo. Pero no debemos contar así. No solo de pan

El título catalán, original de la obra, es «Visat de transit», que nos informa de una manera más precisa que el título en castellano de la temática del libro. De todas formas, la palabra bumerang se adapta muy bien a la obra, ya que lo que en ella se relata es un viaje por partida doble, Barcelona - Australia - Barcelona, rápido, dinámico, como la trayectoria, doble también y veloz, adscrita al ir y volver de aquella extraña arma de madera.

Si consideramos a «Bumerang» como un libro de viajes, hemos de calificarlo de sorprendente. Por lo menos, escapa de cualquier cánón establecido. «Bumerang» no constituye lo que normalmente entendemos por reportaje de una ruta, de ciudades o de caminos. Y no obstante, hay en el libro de Verrié un doble reportaje completo. El puro paisaje exterior viene captado en acertadas fotografías, que, abundantes, ilustran las páginas del libro. Paisaje externo que se convierte en interior en el texto, ya que Verrié, más que describir, nos brinda una variada gama de resonancias emotivas. Es decir, las resonancias de su ánimo, ante el choque de lo nuevo, sea bueno sea malo, vulgar o insólito, contra el limpio fondo de su mente y de su sensibilidad.

Tan libre de ideas preconcebidas que, al producirse el choque, registramos, precisamente, la justa, la justísima nota de la más elemental y pura resonancia. De ahí que Verrié sea, con empeño o sin él, rabiamente subjetivo. Es su palermo, su Pompeya, su Atenas, su Port Said, su Colombo... lo que vemos escrito entre líneas. Como documento objetivo, el blanco y negro

vive el hombre y este cesto tiene un valor simbólico muy grande. Es como un vasallaje, el vaso de agua que se reservaba el señor al ceder algunas tierras, un censal implícito que forma los eslabones intermedios de la cadena que al parcerero ata con el amo y que todos los años se reafirma a la hora de la cosecha grande.

Berenjenas, patatas... Lo del tiempo, lo natural. Lo malo es que todo coincide, que en todas nuestras tierras hay ahora patatas, berenjenas, coles... Estoy de ello hasta la coronilla. Igual ocurre con los tomates, con las espinacas, con las acelgas, y con todo. En todas

nuestras tierras llega la cosecha en la misma fecha. Uno se atraganta de tomates, de espinacas, etc. etc. Las aborrezco, las mandaría al cuerno y hasta me pongo de mal humor cuando mi madre dice que San Juan comía lo que tenía y que la obligación del payés — y nosotros lo somos en teoría — es la de comer lo que las tierras ofrecen.

Estoy seguro de que si la mercancía se vendiera cara y no anduviera por los suelos como ocurre en la abundancia no habría en mi casa tanto cesto de patatas, berenjenas, etc. etc.

Tuvimos un masovero que ofrecía a mi padre el primer

de sus fotografías. Jamás una ilustración se complementó tan plenamente con los capítulos de un libro. Y entre las dos visiones, la verdad. La verdad del viaje realizado por el autor, la auténtica verdad, prometida ya en la introducción.

«Vi mucho menos de lo que hubiese querido ver. El tiempo se me iba en medio de las primeras impresiones, las únicas que pude recoger.

Olvidé la historia y los valores fijados en las guías turísticas hasta donde pude y dirigí mis esfuerzos a captar lo vivo, a veces poco trascendente, pero siempre sintomático de la enfermedad del vivir en cada uno de los pueblos. Sin un cargamento de conocimientos sabidos de antemano, lo observé todo como verdadero ignorante que descubre por primera vez ambientes desconocidos.»

Y el autor con una fidelidad desconcertante, casi imposible, sigue abrazado a su propósito, página tras página, hasta el final del libro.

Con sencillez de palabra y clara expresión Verrié consigue que el lector viva también su viaje, especialmente los avatares y peripecias de sus horas de navegación, a mi entender y dentro del estilo particular del libro, las páginas más logradas.

Otros de los aciertos de la obra, lo constituyen las dos visiones que de Barcelona nos da el Autor; en la salida y arribo. Merece también mención aparte el capítulo dedicado a Pompeya.

La edición de «Bumerang», Colec. Odissea de Ayamá, merece por su pulcritud todos los plácemes.

L. D'Andraitx

tomate que pintaba. El tal parcerero murió cuando vino la República. Fue una rara coincidencia. José, así se llamaba, era el último resto de una generación respetuosa que se extinguió. Y José hizo dineros con nuestras tierras mientras que los aparcereros de ahora que ofrecen patatas, judías tiernas, calabacines, etc. cuando están atragantados de ello y el producto carece de valor en el mercado, no ahorran ni un miserable real y para llegar a la cosecha tienen que recurrir casi todos los años a los buenos oficios de la banca privada.

Antonio Miralles Manresa